

# Castejón, 1350-1400

Por Alberto G. Paredes.

El Montecillo, año de gracia de 1350. Un castillo, rodeado de un gran recinto, defiende este límite del reino de Navarra de los castellanos. A pesar de que había pasado ya la terrible oleada de peste negra que había barrido todo el continente el año de 1348, Castejón cuenta con 16 fuegos u hogares, es decir, unas 80 personas. Antes de la epidemia el número de hogares debió ser, como en el resto del reino, bastante superior. En el rediezmo del año 1268, habían entregado tres cahices y tres arrobas de trigo y dos cahices y una arroba de ordio o cebada, que corresponden a la décima parte de unas cuatro toneladas de trigo y de dos toneladas y media de cebada, cantidades muy similares a las de otros pueblos del entorno como Monteagudo o Ribaforada. En los documentos, la villa es llamada Castillón, Castellón, Casteillón o Casteión, que quiere decir, castillo grande.

Junto al castillo hay una pequeña iglesia, dedicada a Santa María, de la que se ocupan los monjes sagienses que dependen del priorato de Santa Cruz extramuros de Tudela (la ermita del Cristo -para entendernos- antes de que se trasladase a su actual emplazamiento). El prior de Santa Cruz es quien propone al sacerdote, que es confirmado por el obispo de Tarazona. El obispo asigna las sepulturas en la iglesia.

Bajo el Montecillo un pontón cruza el río Ebro pasando personas y ganado. No lejos, sobresalen en el agua los restos de unos extraños cañizos, familiares a los castejoneros. Están colocados de dos en dos, formando ángulos agudos cerrados en el vértice por una especie de cesta de boca estrecha: una vez que los peces han entrado, ya no pueden salir. La riada se había vuelto a llevar, como ocurría con frecuencia, los cañares. Especies particularmente apreciadas son las anguilas y las lampreas. En los frondosos sotos del lecho del río abundan los “puercos” (jabalíes), que vienen a menudo a cazar príncipes y cortesanos. Y en ellos se corta madera, se recoge leña seca, escuero y tamariz. La feraz mejana es irrigada por una antigua acequia, que data seguramente del tiempo de los moros. En ella hay un abrevadero para los ganados, aunque los animales beben también en los arenales del río.

Acababa de ser coronado en Pamplona un nuevo rey: Carlos, el segundo. En este su primer año de reinado, ha pedido una ayuda o contribución para batir moneda a su

nombre. Los de Castejón tendrán que pagar 48 sueldos, o sea, tres sueldos por hogar. Ante la protesta de francos y labradores, el rey no ha dudado en ahorcar a todos sus cabecillas. La Historia le conocerá con el sobrenombre de “el Malo”.

Desde poco después de la reconquista por Alfonso I el Batallador en 1119, fecha en que dispuso que Castejón y otros pueblos estuviesen bajo el fuero que dio a Tudela, la villa había sido encomendada a diferentes señores. La tuvieron los Rada. Teobaldo I la concedió en 1244 a Guillermo Pérez de Castejón y sus herederos. También Carlos II y Carlos III la donan. Sin embargo, volverá siempre a la Corona, hasta el momento en que se entregue a los Beaumont.

Los padres de Carlos II, los reyes Felipe y Juana, habían tomado en 1344 a Martín Gil de Atrosiello o Atroxillo y su mujer el señorío de Castejón, porque éste no había prestado el preceptivo homenaje y por la deuda que tenían con el judío Ezmel de Ablitas, por la que recibieron de la reina 2.200 libras. Juan Jiménez de Urrea, caballero aragonés, señor de Alcalatén, y María Jiménez de Atrosiello, lo pretenden de nuevo y el rey les concede en mayo de 1351 el castillo y villa de Castejón y el pontón sobre el Ebro, pagando 1.000 libras y con la condición de hacer homenaje de paz y guerra contra todos los reyes, salvo el de Aragón.

Carlos II es un rey belicoso. Los primeros años de su reinado se halla ausente, en Francia, donde se verá envuelto en la guerra de los Cien Años, estando a punto de convertirse en rey cuando lo aclama el pueblo de París. Su hermano Luis será su lugarteniente y gobernará el reino en su prolongada ausencia. Durante su reinado, se mantiene la tensión con los reinos vecinos, por lo que hay que tener preparadas las fortalezas que defienden las fronteras. Así, en enero de 1356, el infante Luis ordena a Juan de Robray y a Miguel Pérez de Leoz que visiten personalmente los castillos y villas de Tudela, Corella, Araciel, Cintruénigo, Castejón, Cascante, Arguedas, Valtierra, Villafranca, Cadreita, Monteagudo y Ablitas, para que obliguen a los alcaides de dichos castillos a que los guarnezcan de gentes de armas, y a los concejos a reparar sus torres y muros y a derribar las casas construidas fuera de los muros que fuese necesario, para reconstruirlas dentro, haciendo que carpinteros, mazoneros y braceros

fuesen a trabajar en las obras. En marzo de ese mismo año, Juan de Robray, uno de los dos comisarios nombrados, pide al baile de Tudela se pague a Ahmed Alhudalí, moro balletero del rey, por la reparación de ballestas y otras armas en los castillos mencionados.

Como los aragoneses andaban en guerra con los castellanos, con el fin de que éstos no se sirviesen del pretexto de que el castillo de Castejón lo tenía un aragonés, para intentar atacarlo, el infante Luis, de carácter más conciliador que su hermano, requirió a Juan Jiménez de Urrea que pusiese un alcaide navarro. Este no debió hacerlo, porque el 21 de febrero de 1359, se ordenó al merino de la Ribera que se presentase en Casteillón, exigiendo la rendición a Sancho García de Agorreta, en nombre del infante Luis; en caso contrario, procederían a su conquista. Se conserva la relación nominal de los 28 hombres de a caballo y los de a pie que vinieron a tomar el castillo, incluyendo bastantes moros, entre ellos el alfaquí (doctor de la ley) de Tudela y su sobrino Alí. El 18 de agosto de 1360, el infante ordenaba al tesorero pagar a Juan de Robray, merino de la Ribera, los gastos hechos en marchar con gente armada a Casteillón, para tomar la villa con su castillo. El 27 de ese mismo mes, don Luis confió al escudero Pedro Martínez de Urniza la guarda del castillo y villa de Castejón, con todos los derechos y emolumentos pertenecientes al señorío. Se excluyó sin embargo la pecha de los labradores, que, afectados por la guerra, son eximidos del pago de la misma.

También la villa debió resultar dañada. El 19 de mayo del año 1361, el infante Luis ordenaba a Mateo le Soterel, recibidor de las rentas en la merindad de la Ribera: “Como Nos ayamos entendido que en el muro et cerco de la villa de Casteillón ay caydo una partida del dicto muro assi que a pie plano todo hombre podría entrar dentro en la dicta villa por el portiello, donde es grant periglo a la dicta villa et al castiello del dicto logar, sí, vos mandamos que, vistas las presentes, fagades adobar et reparar el dicto muro en aqueilla manera que entendredes que más expedient será, affín que en el dicto logar, por falta desto, otro mal ni periglo non y aya acontecer.”

Sobre la castigada villa se abatirá entonces la segunda oleada de peste, el año 1362. De los 16 hogares que había en 1350, sólo quedan en Castejón en 1366 cinco familias: cuatro labradores y un hidalgo, Sancho de Azagra, el alcaide. Los datos de que disponemos se elaboraban con fines fiscales, no demográficos, por lo que –no es algo nuevo– incluyen un porcentaje de ocultación, que es difícil evaluar. Así, por ejemplo, consta que en el barrio de la Navarrería de Pamplona se escamotearon 36 de las

202 familias existentes. Pero aún así, la tendencia en la evolución de la población queda clara. No se trata de un fenómeno particular a Castejón, sino general a todo el continente europeo, que conocerá un signo regresivo a finales de la Edad Media. Para el solo reino de Navarra se contabilizan de 1300 a 1366 un total de 120 poblados convertidos en desolados.

El infante Luis marchó en 1364 a gobernar los señoríos que la familia real tenía en Francia, donde su hermano le hizo conde de Beaumont-le-Roger. Casado con Juana de Sicilia, duquesa de Durazzo, partió unos años después a la conquista de Albania, con el fin de recuperar los dominios de su esposa. No tuvo hijos legítimos con ella, pero sí tres hijos ilegítimos, a los que se conocerá por el nombre de Beaumont. Esta historia podría no tener ninguna trascendencia para nosotros, de no ser porque su primogénito, Carlos de Beaumont, al que Carlos II había hecho alférez de Navarra, casó hacia 1395 con María Jiménez de Boil, “otrament dicha de Atrossillio”, descendiente al parecer de aquel Guillermo Pérez de Castejón a quien Teobaldo I había concedido la villa a perpetuidad. María murió en febrero del año 1397, probablemente trayendo al mundo a su hijo Carlos. El regalo de bautizo que le hará el rey Carlos III el Noble, su padrino, serán el castillo y la villa de Castejón. Pero como tuvo que quitárselo a su chambelán y también ahijado Martín de Aibar, a quien se lo había concedido en noviembre de 1394, tres años antes, hubo de compensarle, otorgándole 150 libras que pagaban por 400 carneros los del valle del Roncal.

En la Cámara de Cuentas pusieron dificultades, porque decían que Castejón no producía tanta renta y porque Martín de Aibar ya tenía bastante. En julio de 1399 el rey tiene que escribir al tesorero del reino indicando que no pongan tales dificultades y, en efecto, Martín de Aibar seguirá cobrando las 150 libras otorgadas en compensación del lugar y rentas de Castillón, que consta recibe Carlos de Beaumont.

El 26 de julio de 1402, Charles de Beaumont, alférez del reino, presta homenaje (la ceremonia de juramento de fidelidad) a Carlos III por el castillo y villa de “Castillón cabe Tudella” (junto a Tudela), como padre y tutor de Charlot de Beaumont. Una rama de sus descendientes poseerá Castejón y Santacara prácticamente hasta la desaparición del régimen señorial, el siglo pasado. Nombrados vizcondes de Castejón en 1647, luego marqueses de Santacara, serán señores de Castejón durante más de 400 años.

La villa del Montecillo tendrá que atravesar el difícil periodo de enfrentamientos entre el bando de los Beaumont y los Agramont, en el que queda como un enclave beamontés aislado en territorio fiel a Juan II. No saldrá indemne de la prueba: al terminar la Edad Media se habla ya de lugar desolado. Los Jinetes del Apocalipsis acabaron con ella.

Sólo pervivirá un reducido núcleo de población al servicio del paso de la barca, en torno a la casa construida por los Beaumont en el soto que llamamos “de la Magancha”. Pero eso, es ya otra historia.